



# NEMESIO ANTÚNEZ

1981

## Regreso a las raíces

por LUISA ULIBARRI

FOTOGRAFIA de INES PAULINO

A los 63 años y con ocho de ausencia, Nemesio Antúnez —pintor de calibre internacional y forjador de toda una generación de artistas chilenos— luce vital, elocuente y menos retraído que antaño. Su obra, continuación lógica de sus camas siderales incrustadas al medio del universo, o esas parejas acurrucadas amándose bajo la lluvia o en una tanguería porteña, ha alcanzado la plenitud y la síntesis. Las telas nacen diariamente, desde el segundo piso de su taller vecino al Hyde Park, mientras más arriba —en el quinto— su mujer Patricia borda inmensos telares con lana del Altiplano, y Guillermina, la pequeña hija de 9 años se dedica a amaestrar polillas, y a cultivar la natación y la vida natural.

Cotizado aún en Europa y América, Antúnez regresó a Chile con la idea de “venir quedándose” de una vez por todas en esta tierra que ama y que tanto le pena. A eso se debe su doble exposición de acuarelas y óleos que por estos días se exhiben, junto a los tapices de Patricia, entre las galerías Sur y Del Cerro.

Cuando una va al encuentro de Nemesio Antúnez —ausente de Chile desde 1974, año en que abandonó su cargo de director del Museo de Bellas Artes— piensa que obligadamente sacó pasaje a la nostalgia, la tristeza y los recuerdos. Dicen que el artista sufre de soledad perenne, que este país le pena hasta por los poros, que las cartas a sus amigos más íntimos comienzan irremisiblemente con el estribillo del bolero “Nadie comprende lo que sufro yo”. Sin embargo, al plantarse frente a su atlético metro noventa de estatura (“no hago yoga ni nado: debe ser el placer de estar vivo”), y a su rostro despejado de mirada directa, que sólo se sonro-

ja y se desvía al hablar de sus ocultos poemas secretos, todas las aprensiones y presentimientos se desdibujan, desaparecen.

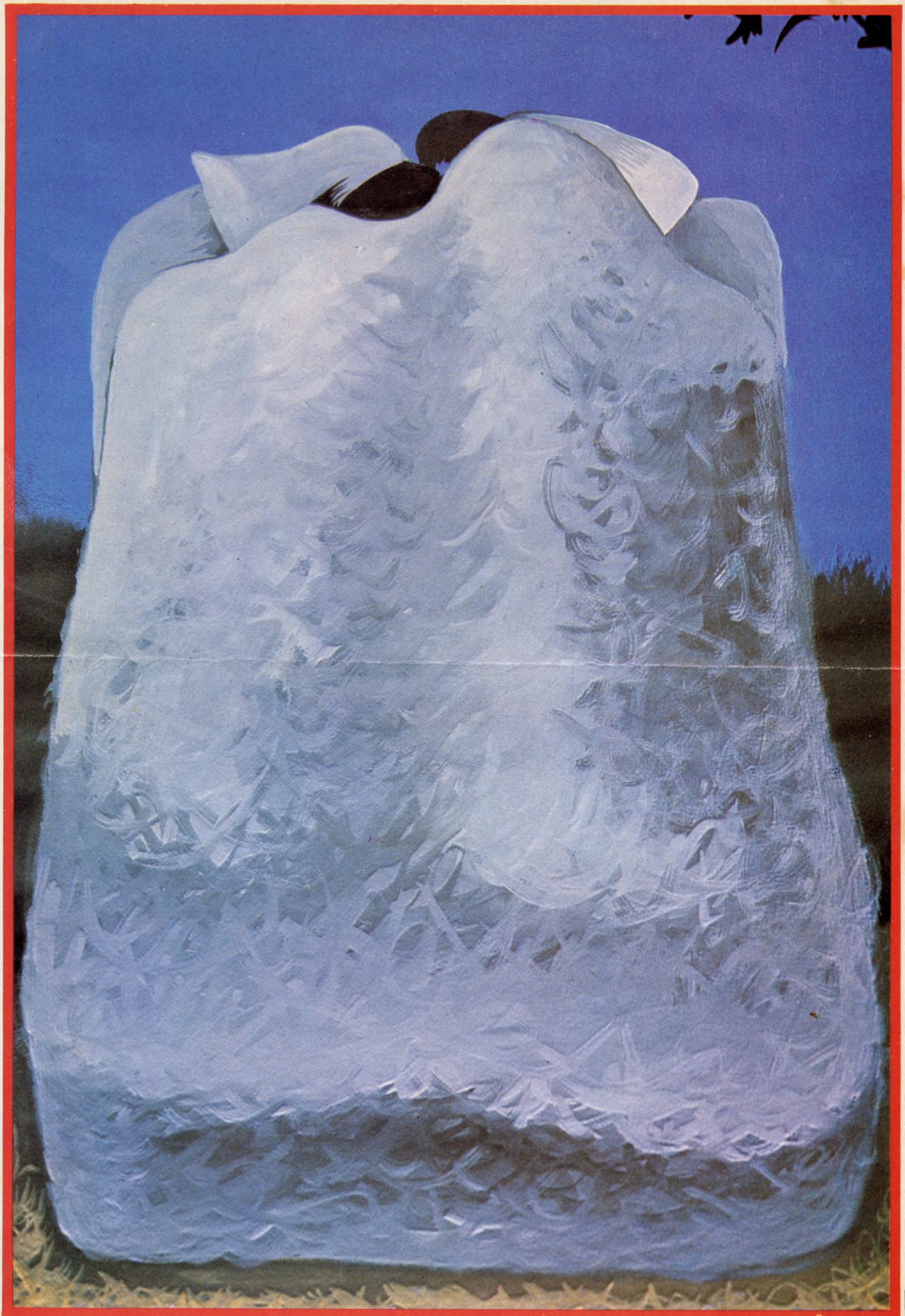
“Me gusta estar de vuelta, reencontrarme con mis amigos, pisar estas calles. Creo que este es el inicio del regreso definitivo”, dice entusiasta, mientras alrededor suyo comienzan a desovillarse sus innumerables acuarelas de tangos y parejas abrazadas en un cielo infinito, o acurrucadas en una cama mullida y esponjosa que parece abalanzarse al rostro del espectador.

Todas ellas pertenecen —junto a su serie de óleos expuestos en Sur— a la colec-

ción de trabajos realizados en los últimos cinco años por el artista, mitad en San Pedro de Ribas (España), mitad en Londres, lugares en los que Antúnez ha vivido junto a Patricia, su mujer —que también expone sus inmensos telares en galería Del Cerro— y Guillermina, la pequeña de nueve años, campeona de natación, amaestradora de polillas, y una entusiasta **junior** e integrante del museo londinense de Ciencias Naturales.

Arquitecto, forjador de una generación de artistas (“más que generación éramos un grupo de amigos en torno al Taller 99 y a un objetivo común”), orador premiado, actor y galán de cine ocasional, Nemesio





"EN UNA CAMA  
NACI, ALLI DUER-  
MO, ALLI SUEÑO,  
ALLI AMO Y ALLI  
TAMBIEN ESPE-  
RO MORIR".

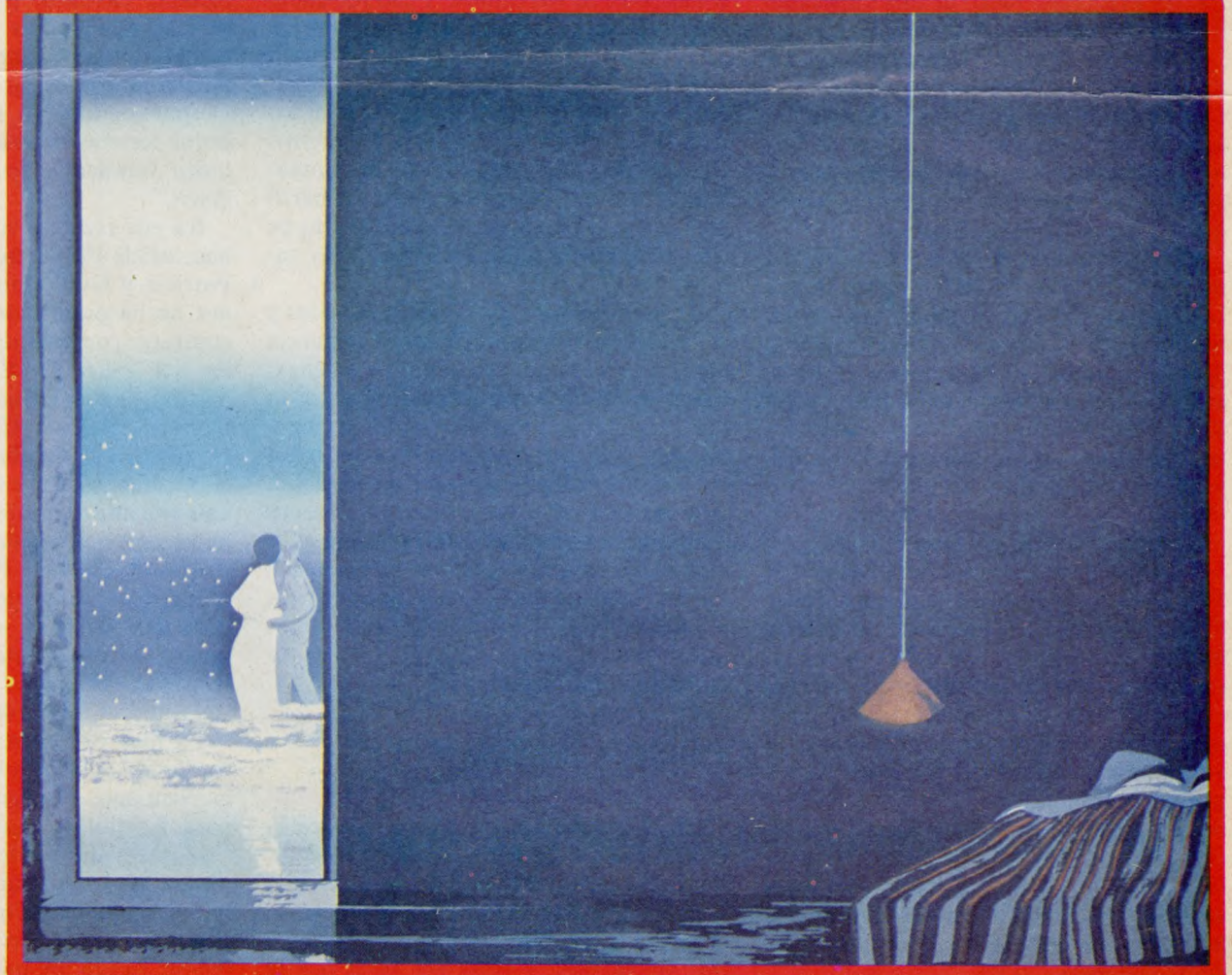




EL ARTISTA Y SU NUCLEO  
FAMILIAR CON EL QUE VIAJO A  
SANTIAGO, Y GUILLERMINA, LA  
ESPOSA, Y PATRICIA, LA  
HIJA MENOR.







UN LENGUAJE DE  
SILENCIOS, PERO  
TAMBIEN DE IN-  
TENSA AFECTIVI-  
DAD TRAS CADA  
UNA DE LAS  
ACUARELAS Y  
LOS OLEOS.



Antúnez es, después de Roberto Matta, uno de los artistas chilenos que han dado un sitio de honor a la plástica chilena en el ámbito internacional. Sus telas se venden en Londres, en México, Caracas y Bogotá, lugares donde el artista expone en forma habitual. Y a casi medio siglo de existencia, éstas han alcanzado una notable madurez, sentimiento, poesía y poder de síntesis. Están llenas de humanidad, y en su colorido, aún son retraídas y silenciosas.

### **“Me costaba comunicarme”**

El mayor de tres hermanos, tímido de por vida (“aunque creo que los años me dan más autoridad”) y aquejado desde la adolescencia de una enorme soledad interior (“me costaba comunicarme”), Nemesio Antúnez descubrió recién la acuarela y los pinceles cuando era un aventajado estudiante de Arquitectura en la UC. Como experiencia de vida, tenía a su haber, entonces, algunos furtivos pololeos quinceañeros (“era un adolescente monógamo, con amores intensos, muy platónicos”), y un aventurero viaje por el mundo a bordo del carguero **Alabama**. Ese viaje lo había ganado como premio en los Padres Franceses, luego de una impecable disertación sobre Pascal.

También ya por esos años, Nemesio solía realizar sus caminatas por el cerro San Cristóbal: allí manchaba las acuarelas con agua de lluvia y comenzó a pintar en forma incansable. Además, era aficionado a coleccionar tarjetas sobre Goya y Velásquez, y los poemas de Rimbaud.

En 1943, el artista viajó a la Universidad de Columbia, Estados Unidos, donde sacó un master en Arquitectura. Y en Nueva York se quedó trabajando como diagramador del **Ladie's Home Journal**, en una oficina ubicada en el piso 31 del Rockefeller Center, desde donde veía los seres mínimos deslizándose por las calles, y las primeras multitudes que en espacios vacíos, grises y muy arquitectónicos, comenzaron a poblar sus telas.

También fue alumno del taller de William Hayter, base de su futuro Taller 99, de grabado. Y luego de su primer matrimonio con Inés Figueroa —y del nacimiento de sus hijos Pablo y Manuela— volvió a Chile. “Quería pintar este país, pintarlo en su geografía, sus desiertos, los volcanes, los canales del sur, sus nubes y piedras”. De allí para adelante comenzaron los trabajos en serie —volantines, bicicletas, manteles, volcanes— y finalmente sus camas e inconfundibles parejas acurrucadas, recuerdo imborrable de sus noctámbulos recorridos por las tanguerías de Valparaíso.

### **Otro Museo**

Durante los 70, época de efervescencia, Antúnez fue nombrado director del Museo de Bellas Artes. Y, bajo su “mandato” revitalizador, volaron las viejas estatuas de yeso, se le arrancó y cambió el piso y todo el sentido al entonces “mausoleo” del Forestal. La música, el teatro y las esculturas colgantes del Valentina Cruz —así como esos tubos que salían por las puertas y ventanas de Juan Pablo Langlois— invadieron y dotaron de nuevos aires el Museo. Paralelo a eso, Antúnez debutaba en la televisión con el programa **Ojo con el arte**. Y, en el cine, encarnando a Balmaceda y también a Pacheco Areco en el filme **Estado de sitio** de Costa Gavras. A esas alturas ya estaba casado con la tapicera boliviana Patricia Velasco, y tenía una nueva hija, Guillermina.

“Una vez que ese ciclo se cerró, lo único que quise fue buscarme un pueblo en el mapa donde pudiera aislarme a pintar. Llegamos con Patricia y Guillermina, que sólo tenía un año y medio, a San Pedro de Ribas cerca de Barcelona. Y eso fue como un remanso. Vivíamos en una casa de campo, cuyo primer piso estaba habitado por otros artistas chilenos: Iván Vial, Patricio Court, Juan Pablo Izquierdo. Arriba yo tenía un taller de 70 metros cuadrados, y de pronto todos nos juntábamos y tomábamos vino desde un barril pipeño o escuchábamos las enseñanzas de los octogenarios pastores, tipos muy sabios.”

En ese entonces, sus dibujos, pinturas y acuarelas siguieron aludiendo a la pareja humana, zambullida en una cama, trenzada en un abrazo, pero nunca al entorno más cercano, este pueblo pastoril vecino a Sitges. “Patricia tejía, Guillermina iba a las monjas colombianas del pueblo, y la vida transcurría plácida. Pero de pronto sentimos la necesidad de volver a la gran ciudad, y elegimos Londres porque nos pareció la más vivible, la más amable para los niños.”

Además el Royal College of Art lo contrató como maestro.

### **Como un dentista**

En la actualidad, la pareja vive en el quinto piso de un edificio vecino al Hyde Park. En el segundo, de nueve de la mañana —“y como si fuera un dentista”— el artista pinta. “Me voy con un termo y mis sandwiches, y estoy ahí hasta que se

va la luz del día y el cielo se apaga, cosa que en invierno ocurre muy pronto. Las cosas me salen por serie, una después de la otra, hasta agotar los temas. Muchas veces en mi pintura y en mí mismo sigo estando en Chile. No podría pintar la torre de Londres, sin embargo de algún modo se me ha metido la bruma.”

Su serie de camas, que ya había aparecido en 1974, le ha obligado a inventar una justificación muy estadística, sobre todo ante las reiteradas preguntas de los periodistas, que aluden siempre a lo mismo. “¿Y por qué camas?” “Creo que ese es el sitio más importante en la vida de uno. Yo llevo 63 años vividos, 21 de los cuales me los he pasado en cama: allí nací, allí duermo, allí amo y allí también espero morir”, dice.

Muchas veces, en la soledad de su taller —cuando ya se cansa de pintar— Antúnez desarrolla su pasatiempo favorito: escribir cartas. “Creo mucho en la amistad, y por eso me interesa cultivarla.” Y como los amigos están lejos, hay que perseguirlos por el correo.”

Los fines de semana, con su familia y un invitado ocasional —“a veces es Roberto Matta, quien tiene una hija de la edad de la Guillermina”— salen en auto a recorrer castillos, parques, zoológicos y criaderos de plantas. “Pero por lo general nos sentimos bastante solos, entonces comienza a ronronear la idea del regreso. Después de todo yo, mis pinturas y mis dibujos pertenecemos a Chile y yo no quiero morir vendiendo acuarelas en un pueblo chico.”

En este reciente viaje —el primero que hace desde 1978, esta vez acompañado de Patricia y Guillermina— Nemesio Antúnez no ha parado de encontrarse y reencontrarse con sus viejos amigos y discípulos del Taller 99. Entre otros, Eduardo Vilches, Roser Bru, Pedro Millar, Luz Donoso, Simone Chambelland, Dinora Doudtchisky. También, ha asistido silencioso, observador y muy interesado, a las más recientes exposiciones y eventos artísticos, como el encuentro de Video en el Instituto Chileno Francés. Y, durante quince días, tuvo que realizar un tour más o menos obligado —y diario— al aeropuerto Arturo Merino Benítez, pues sus telas permanecieron atascadas por diversos trámites burocráticos.

La idea del artista es exhibirlas hasta mediados de diciembre, pasar la Pascua en Santiago, y luego volverse a Londres para finiquitar algunos compromisos; y “tal vez vaya a Florencia, lugar donde pienso vivir un tiempo antes de regresar definitivamente a Chile. Y a regresar en la práctica, porque creo que, emocionalmente, nunca me moví de aquí.”\*





AUNQUE TIMIDO  
DE POR VIDA, Y A  
VECES CON SE-  
RES HUMANOS  
INFINITESIMA-  
LES, ANTUNEZ ES  
UN PROFUNDO  
HUMANISTA EN  
SU OBRA. AQUI,  
UNA PAREJA  
AMANDOSE BA-  
JO LA LLUVIA.